

**HUESOS Y
CENIZAS**

MEMORIA DE UN ALMA
ETERNA

Escrito por Nadia Gómez

Dedicado a mis padres, Yadira Moreno y Armando
Gómez, quienes son mis soles
en días oscuros.

A mi mejor amigo y compañero, Itzai Tecuatl,
quien, en los nudos del desamor y la
desesperanza, me acompañó en estas letras.

Y no por menos importante, a usted, estimado
lector, a pesar de no tener
consciencia de su nombre o de su historia, sé que ha
luchado guerras enteras sin
que nadie se diese por enterado.

“Un ojo, siete vidas”

Finas gotas caían del tormentoso cielo, desvaneciéndose apenas tocar el cristal. Me parecía fascinante este tipo de clima tan melancólico. Un ronroneo me hizo salir abruptamente de mis pensamientos, no entendía como ese gato era tan silencioso y ágil, aun siendo tan longevo y gordinflón. Le palmeé la cabeza y dije como todos los días:

-Buenos días, Tizon- y él se sentó al lado mío, en el sillón.

Era muy buena compañía, aunque no siempre fue así. Cuando lo encontré, tenía grandes heridas en su felino cuerpo, que me hicieron estremecer. Lo saqué de una casa abandonada donde algunos chicos se juntaban de vez en cuando. No sé realmente como ocurrió, pero los maullidos en agonía me acercaron a la penumbra de la casa. Supuse que aquellos chicos lo habían tomado deliberadamente para su cruel diversión. Perdió su ojo izquierdo en ese incidente, y eso provocó que los primeros años fuese algo indiferente conmigo, eso me llegaba a

entristecer bastante. Incluso así, de mezquino e inconsciente a mí, me acostumbre a él.

Ahora, la edad me pesa mucho más, y aun no logro descubrir si siente pena por mi imposibilidad de no hacer algunas cosas, o le empiezo a caer bien gracias a mi avanzada vejez.

Desde ya hace tiempo, Tizon, miraba la ventana y su escaso paisaje para apreciar, ya no buscaba salir a cazar como lo hacía antes, se le veía incluso más decaído al comer. Se quedaba en casa, durmiendo, o acompañándome en mis horas de lectura.

Hicimos nuestras actividades en silencio, él en su complicada tarea de los estambres, y yo en la mía de ver las noticias. Antes de que el noticiero terminara, me levanté con sumo cuidado, preparé mi sombrero y tomé el bastón. No me despedí de él, solo caminé y caminé, hasta llegar a aquel parque tan vivamente muerto que estaba a unas cuadras de casa, nadie nunca estaba ahí. Me percaté que seguía húmeda la tierra, y disfruté de su olor gratificante. Estuve corto tiempo, quieto y sin hacer ninguna acción relevante

más que observar. Hacía esa rutina cada semana, sin llamar mucho la atención, el doctor me había recomendado que era necesario salir.

Cuando el Sol comenzó a apagarse, empecé a caminar de vuelta a mi hogar. Al llegar, no note ningún rastro del felino. Hasta que lo vi teniendo dificultades con la ventana para poder pasar. Hace tanto que no salía, que la ventana ya le quedaba chica. Lo que miré con más curiosidad fue que sus patas tenían manchas de lodo. Me fui a recostar a nuestro sillón, un poco más cansado de lo habitual, no sin antes haberle lavado bien para que no ensuciase las alfombras.

Estando ya sentado, subió a mi regazo, y se acurrucó. De pronto, obtuve una verdad no dicha en voz alta. Tal vez, mi inseparable amigo estaba en sus últimos momentos, y aún no lo podía aceptar.

-No te vayas, Tizon- susurre dolorosamente, él levanto su único ojo, resplandecientemente azul para mirarme y por un momento, sentí que realmente me

había entendido, porque con un movimiento, se acercó más a mí y a mi pecho.

Pasamos mucho tiempo en esa misma posición, compartiendo el calor. Pronto noté que ciertamente él había cambiado, su pelaje ahora tenía un café opaco, y su energía no era la misma de siempre, pero sus cicatrices seguían visibles. Sigo sin entender cómo es posible que aquellos chicos le hicieran tanto daño. Le comencé a hablar de mi vida, y, parecía realmente atento a lo que decía. Le conté de Angélica, mi esposa que había muerto de cáncer, y de mis hijos, quienes no vivían en la ciudad. No supe cuánto tiempo estuve hablando de mí mismo y de mis penas, pero cuando me di cuenta, era la media noche, y mis articulaciones se sentían entumecidas. Sin las ganas de moverme mucho, apagué la luz de la mesa de noche, y le dediqué mi última sonrisa antes de dormir.

Pero quién diría que solo estaba cuidándome en los últimos instantes de mi larga vida. Por eso se había quedado en casa tanto tiempo, después de todo, él con un solo ojo, me ofreció siete vidas.

El rincón.

Me rodea una oscuridad profunda, mi respiración se escucha suave y metódica. Escucho los golpeteos insistentes en mi armario, los jadeos, las palabras en un susurro eterno.

Tiemblo de sólo imaginar que puede haber dentro, tan cambiante y tan entero que hace que los sonidos se intensifiquen y los susurros se convierten en gemidos de agonía y sufrimiento. Armándome de valor, voy hacia el armario. Sin parar de escuchar, tomo una bocanada de aire, y abro sus puertas de golpe.

Identifico a alguien, tirado en el piso y con el cuerpo destrozado, signos de tortura se hacen evidentes mientras más observo.

Ya no emite ningún sonido, ni tiene las suficientes fuerzas para golpear algo. En sus ojos me pide tantas cosas, que quedo hundido con él tratando de descifrar su doliente mirada.

Di un paso titubeante hacía atrás cuando miré su rostro... mi rostro. Yo era aquel quien en mi desesperación quería salir, y en mi empeño de mostrar quien soy, me torturaba a mí mismo.

Yo soy mi propio monstruo, y me condené en lo oscuro de mi armario.

Una plegaria al cielo

Las doce de la noche, y la insistente pierna del señor Martin no para de moverse; su esposa, la señora Nicolasa, camina ansiosa por la sala, haciendo un transcurso de miradas del reloj a la puerta, una y otra vez. Ninguno de los dos intercambia palabra, pero ambos saben qué está ocurriendo.

Su hija, Camila, no había enviado ningún mensaje desde que salió del trabajo, un hecho que atormentaba su paz mental. Conociendo a su hija, tenían la esperanza que ella volviese con una excusa de retraso laboral, o tal vez una disculpa por distraerse en el camino.

El retraso y la disculpa no llegaron. Su familia, amigos y compañeros se daban por enterados en la mañana.

Nicolasa tomó una vela, al mismo tiempo su esperanza caía una vez más.

La vela se encendió, y la vida de Camila se apagó.

El viento entre nosotros.

En tus ojos se reflejaba la añoranza de dejar todo atrás, de volver a intentar, pero creo que, sin mediar palabra, pudiste escuchar a susurros lo que quería explicar. Se acabó, no hay vuelta atrás, porque de las cenizas que nuestro intenso cariño dejó, se las llevó la brisa, y con ella, mis ganas de luchar.

Apresados por la inseguridad que creamos, y de los miedos profundos que expresábamos, quedamos destrozados en la oscura soledad, aun estando acompañados.

Te deje ir, incluso aunque me suplicaste que no lo hiciese.

Te deje ir, aun sin querer hacerlo, solo para que el viento fluyera entre las ruinas de nuestro largo y sincero amor.

Renaciente

Con las luces apagadas, la desnudez de sus almas,
con gracia y sin pena, sincronizan su movimiento
armonioso. Viajan, envueltos en su propio color.

Estando en contacto con un mundo inmenso,
parecen ser los únicos en su mundo existente.

Colapsan, y parecen detener al Universo mismo a
admirar.

Solo se han conocido, pero parece que el Sol volvió
a nacer en su encuentro.

Cuarto 57

Tumbado en la cama, mi garganta desértica y mi cabeza inquieta, me provoca una sensación enorme de huir despavorido. No entiendo muy bien que pasa, mi vacío estomacal rebasa mi límite de tolerancia, y mis ojos de fuego se pierden una y otra vez en la cegadora luz del cuarto.

Mi sentido divaga entre las cuatro paredes, y se desvanece apenas intentar salir. Los susurros entran y salen, sin respetar hora o espacio.

Hiervo de angustia, con sombras apresando mi cuerpo. No respiro, y me pierdo en el pasillo de la pérdida, del dolor y sufrimiento.

Creo que ya estoy en el infierno, no es tan diferente a la clínica en la que estaba internado.

Un salto de fe

En un brazo de un árbol imperecedero, estaban las pequeñas crías de una fuerte familia de cotorros. El más pequeño de ellos, llevaba por nombre Mar, quien al parecer sus alas eran tan cortas para emprender vuelo y sus patas tan delgadas para caminar. Días infernales lo esperaron, y noches de dolor lo acompañaron. Su incapacidad de hacer algo que era tan natural para otros, le generaba una inseguridad enorme.

Sus padres observaban preocupados la rutina que su hijo más débil realizaba diariamente. Hasta que un día, su madre dijo al aire:

“Cuando intentes caminar, no pienses en si vas a volar” y le dio un cariñoso empujón.

Cuando se dio cuenta de todo lo que podía hacer con sus patas, empezó a idear como hacerlo con sus alas.

Antes de que acabara el otoño, Mar salía volando hacía el Sol.

Rosas rosas

Sin angustias ni pesares, admiro la simpleza del inmenso campo de flores. Con variedad de especies y colores, se asoman una a una sin ser uniformes. Perdida en su grato olor, la cabeza se despega de mi cuerpo y mi peso se vuelve aún más liviano.

Río sin chiste, bailo sin música y canto sin entonación. La libertad emerge de mis poros y mi felicidad es lo único que logro percibir.

Pero, sobre todo, vivo, porque el cáncer no me alcanzó, y puedo volver a empezar.

Cempasúchil

La ventana es libre, la puerta no existe y el techo es ahora un pedazo más de cielo.

No tengo ataduras, ni paredes gruesas, ni jaulas que me encierren.

La luz entra e ilumina mi cuerpo, y me abraza en un calor fugaz.

No me muevo, pero observo. Amistosas caras dan un rápido paseo por mi mente. Mi historia se repetía, sin saltar a nadie y disfrutando a todos, una vez más.

Mi vida la muerte se llevó, pero la luz nunca me abandono.

Un despertar

Las estrellas se caen, y el viento con fuerza azota las raíces crecientes. El mundo tiembla, y la gente reza. No hay rastros de esperanza viva, solo desolación palpitante.

Pero en un rincón escondido, en donde las almas mueren y los sueños quedan, parecía haber una luz encendida en medio de tanta oscuridad.

Cerré mis ojos, y vi a los niños jugar sin mirar, vi a los músicos tocar, a los chicos compartir, y a los adultos crear historias sin dañar.

Me di cuenta que la luz existía, y que el mundo estaba lleno de rincones.

Azul

Me ahogué en su mar de sonrisas y purezas.

Caminé, uno a uno los peldaños hacía el paraíso.

Pero solo era ella, con su vestido extravagante y con sus ideas fugaces. Iba a caer, en un camino sin retorno, y un dolor asegurado.

Sus ojos soñadores me miraron, entonces yo mismo me lancé. Muy lento y consciente, acabé de pie, junto a ella. Con el cielo a un lado, y con el martirio de recuerdos, lo repetiría una y mil veces.

Familia

La rosa se marchitó, y mi gratitud se apagó. Las orejas hablantes y los ojos vendados, no se paraban a escuchar, ni daban el intento de poder expresar.

Después de lo que me hicieron pasar, sin arrepentimiento y con sorna pase a su lado, con elegancia y sin mediar palabra.

Pero no sirvió de nada, porque ellos sordos, mudos y ciegos, ni me alcanzaron.

Pies andantes

Con la mente corrompida, y su habla mal gastada, el viajero mira a la deriva.

Cansado y abatido, lucha contra su propio peso por no caer, pues el que caiga primero pierde el poder de sí mismo.

Pero él, con la chaqueta acomodada y las palabras recias, fue y recorrió el cacho de tierra que le quedaba por cruzar.

Después de todo, siendo tan pequeño en el mundo de las caras altas, y las falsas lenguas, lo único que buscaba era estar a salvo en casa.

Cuando llegó al final del Sol, se abrazó mucho cuando se encontró a sí mismo.

Agua

Lloraba todos los días, haciendo un río de lágrimas, congelándose por dentro.

Se inundaron las calles, se ensancharon las nubes, y se corrió el mar.

Entre tantas tragedias por las cuales lloraba, terminó llegando una a su ruta principal.

Su vida llena de agua quedó; ella, tan preocupada por estar con los demás, se olvidó por completo que no sabía nadar.

Cena

El silencio se apoderó de la sala, y la tensión surgió en el ambiente. Los ojos chocan, y los pequeños sonidos repercuten en cada oído. Las bocas se abren en un fantasmal intento de expresar, se escucha como cada mente hace su propio intento de entender las ideas.

El recién llegado carraspeó, llamando la atención. Pero no dijo nada, y se quedó callado como si la sola idea de hacerlo, lo fuese a desarmar por completo.

Nadie se animaba a decir algo, pero dentro de sus cabezas se veía una guerra ideológica entre el acto que acababa de pasar y su vida conservadora.

Entendieron que, si se quedaban más tiempo, dagas saldrían disparadas hacía ellos y su reciente anuncio de amor.

Cuando se posicionaron teniendo una salida libre, en un intento de cordura, terminé la oración que no habíamos cerrado por el pequeño atentado.

- Por los siglos de los siglos...

Por un instante, se quedaron las palabras atrapadas en el limbo, pero Franco correspondió con media sonrisa:

- ¡Amen!

Tomó la mano de su novio, y salieron corriendo de ahí. Después de todo, hay que amar por los siglos de los siglos.

La carta maestra

El azar acorrjala la vida, y hace que nazca la duda.
Crecemos con ideas de límites, de rangos y
clasificados.

El as bajo la manga fue un contacto bien
posicionado. Entonces todo estuvo perdido. Porque
ni el trabajo, ni el esfuerzo, ni las lágrimas ni los
sueños, pudieron derrumbar el egoísmo humano que
reside en miles de pueblos urbanos. Pero el poder de
ellos nos ganó.

Escribo esto, antes de morir. He perdido el caso, y
mi cliente ha ido a prisión.

Mi última plegaria, es que me perdone, y que todo el
mundo se salve del abismo de la corrupción.

Ni capa ni antifaz

En donde no entra un rayo por la ventana, en los barrios más oscuros y con las personas más peligrosas, vive un pequeño adolescente con la cabeza grande y las orejas pequeñas. Lleno de sueños, y sordo a lo externo, todos los domingos va hacía el puesto de la esquina a comprar su comic favorito.

El caos corre y la luz se desvanece. Pero sus jóvenes ojos no perciben el peligro constante de su hogar. Lee, y vuela pensando que algún día será como esos superhéroes salvando la ciudad. Mientras todo está en llamas a su alrededor, él corre, y con los pocos recursos comienza a dar grandes pasos de tortuga. Alimenta al hambriento, da su suéter al friolento, y cuenta historias a los más pequeños. Porque sabe que su barrio merece un superhéroe, pero esta vez no tendrá ni capa ni antifaz...

Marchitas

Las calles arden. Y la sangre se vierte. Miles de pies corren en dirección inminente a su propia libertad.

Las historias son escuchadas, y las velas son encendidas, una noche más.

Las flores se marchitan y las voces se intensifican.

La tierra tiembla y el propio cielo llora. Las razones llevan nombres, y las caras ya no llevan vendas.

Un pedazo de ciudad

Rompió la ventana, arrancó el vendaje. Y respiró sin suplicio. Se soltó, y se observó al espejo.

Todo se cae a pedazos, los pensamientos la aprisionan y los sentimientos se dejan ver entre sus poros. El viento corre por la ventana recién rota, y el ocaso comienza a calar entre sus ojos.

Pero entre la incomodidad errante y el aire retenido, estaba ahí.

Ahí parada, en medio de la guerra, sin venda ni pena. Estaba lista para conocerse a sí misma y dejar de callar.

Ojos grises

Mi corazón late muy rápido, y mi cabeza se marea una y otra vez. Cierro los ojos para no caer, pero ya es muy tarde. Me hundí en los pequeños sentimientos de desdicha y abandono.

Mi esposada alma muere en el intento de ver un rayo más. Mi piel se comienza a desvanecer, mis ojos se hundén y mi sonrisa cae.

Me perdí, en el pobre intento de sobrevivir a esta inmensa soledad.

Falsa libertad

La furia me atrapa, y mi ego se suelta. Mis colores opacos se apoderan de la sala.

Desaparezco, poco a poco. Las emociones me consumen, y los pensamientos me delatan. Una marea de sensaciones de culpa cae como agua helada.

No me reconozco, pero sé que es mi verdadero ser.

Los amantes de las cuerdas

Bailamos entre las cuerdas, los acordes se entrelazan
y las notas nos acompañan. El concierto no termina,
y nuestros ojos se iluminan una y otra vez,
enredados entre las cuerdas de nuestro inefable
amor.

Siento su calor, y la esperanza; y su fe merman mi
sed, creo que es mi pareja indicada para seguir
tocando en este concierto, y terminarlo.

Amarillo

Nuestro amarillezco sentimiento atravesó la vida ajena, y pronto, no necesitábamos de luz que iluminase nuestro claro sendero.

Llenos de calor, y sueños, seguíamos la estela de otros momentos.

Nos olvidamos un momento de trascender, y por una noche, se nos olvidó que podíamos volar.

Enjaulados en lo rutinario y monótono, con miedo a la verdad y sin el futuro asegurado, abrimos las alas, y entre suspiros y miedos, volamos lejos del encierro.

Volamos juntos, libres, y felices, amándonos con un pedacito del crepusulo.

Vacío

Me balanceo de un lado a otro, mis ojos se cierran y mi corto pasaje construido se comienza hundir. No tengo fuerzas en los brazos, y el agua poco a poco entra en mis pequeños agujeros.

El desconcierto no me invade, pero mi tristeza parece ir desvaneciéndose, al igual que mis pensamientos. En mi mente comienzan a pasar miles de imágenes del recuerdo, incluso las del recuerdo del olvido.

Y me lleno, me lleno de agua, sin dudas, sin miedo.

Pero como todo termina, me vacíe de nuevo, porque tan solo era una ilusión de estar vivo de nuevo.

Eternidad

Una mañana de un frío invierno, en alguna de las grandes montañas, se encontraba el Gran Señor. Un camino rocoso con melodías prometidas, y con tonadas armoniosas, parecía que en su limpio cielo, se abría lo justo y la verdad.

El Gran Señor me miraba, curioso al ver que encontraba tanta paz en su ancestral hogar. Me pregunto cómo estaba, a pesar de ya conocer la respuesta. Fue como tomar un café con un viejo amigo.

Hubo un momento, en donde se levantó muy serio, acabando con las risas que nos habían acompañado, y rompió el aura de paz que habíamos creado.

No duró tanto en esa actitud, pues se derrumbó, y entre sollozos, preguntó el por qué. La pregunta resonó en mí con gran impacto, y sólo respondí:

-No quiero esperar la eternidad

El me miraba serio, sin tambalear, y fue lo último que escuche decirle:

-No tengas miedo de contar eso que te deja sin aliento, y hace que tus ojos se empañen en las noches. Haz todo, menos vivir con miedo. Yo estaré siempre contigo.

Después de eso, no recuerdo mucho.

Desperté en una cama de hospital, con mi madre tomando mi mano. Mi intento de suicidio no había resultado. Pero él si me había mantenido mi ángel.

Hilos

Tambaleante en una red de historias, sin cruces ni santos, voy de un lado a otro, conociendo los grandes personajes que existen en sus infames tragedias.

No soy consciente de los diversos papeles que se desenvuelven a mi alrededor.

No distingo entre los mil senderos, ni las cien conversaciones, tampoco estoy seguro de las emociones sobrepuestas y las palabras infundadas.

Los hilos giran alrededor de nosotros, las vidas se cruzan y las emociones se interponen.

No somos dueños de tanto, más allá de todo lo que hemos conocido, eso indudablemente, ya es nuestro.

Fragmentados

Ahí donde el Sol se esconde, y los vientos callan.

En el hogar de las vidas descuidadas y los sueños estancados.

Inexistente está el rastro de recuerdos, abriendo paso a la desdicha, arrasando fuertes guerras y atesorando momentos rotos.

Ahí, donde los gritos no existen, y las criaturas llevan abrigos ostentosos.

En lo inesperado, el solitario atardecer ve renacer entre las grietas del dolor, una hermosa flor turquesa.

La esperanza vuela, y lo inevitable comienza a escucharse. Este es el nuevo mundo.

Tormento

En mi ventana se refleja la soledad del despertar.

Entre penumbras, mis deseos se ven interrumpidos y las realidades sobrepasan la utopía.

Abarrotados de estereotipos, de perfectos recuerdos y sentimientos exactos, nos olvidamos de lo que somos al inicio de nuestra historia.

Y creamos algo mucho más inmenso para lo que fuimos hechos.

Pero de mi desafortunada vida, ya no quedan más que las cenizas, que pronto el viento se encargará de llevar.

Yo no sé mucho, sólo hablo desde mi triste ventana, aquella que, con el tormento, se encargaron de olvidar.

Ya no queda más, no si el miedo nos gobierna.

Eclipse

Calló el viento, y las hojas prestaron atención.

Las brisas se paralizaron y los ruidos se silenciaron.

Después de miles de vidas pasar, y tomar activa participación entre los recuerdos ajenos, se detuvo la tierra, solo para observar la danza que se creaba en el luminoso camino de estrellas. Sólo eran ellos, ellos ante todos los demás.

La obra, quien había transformado fácilmente de horas a segundos, se volvía incomprensible ante el mediocre ojo humano.

Sin consciencia, ni perdón, los astros se juntaron, y unas cuantas historias indescritibles comenzaron.

El fin del mundo

Las aves libres vuelan, el mar espera y los armónicos sonidos de fondo permanecen.

El desamor se destierra de mis venas, y mi charco de lagrimas se evapora.

Sin contrarreloj, ni ojos curiosos, ni bocas parlantes, camino libre, en mi propio sendero.

Sin gobiernos santos, ni amigos fieles, la vida hubiese sido condenada a ser mala desde que empezó.

Pero sin memoria, estamos aquí hoy, con miles de emociones, de pensamientos, y de crónicas, muy difíciles de encontrar.

Entonces, aún no es el fin del mundo...